

Líneas críticas

Treinta años en la Unión Europea

■ Luces, sombras y el rumbo actual de la UE en plena crisis económica



Francisco Palacios

Se han cumplido estos días treinta años de la adhesión de España a la Unión Europea (UE), entonces Comunidad Económica Europea. Y acaso por un injustificado complejo de inferioridad (sin tener en cuenta que España fue una de las primeras naciones en constituirse de Europa) se dijo que aquella era una oportunidad de oro para soltar lastres históricos y superar rémoras seculares. Por encima de las diferencias geográficas, económicas, históricas, religiosas, culturales, aquella era una Europa idealizada, sublime. El expresidente Sarkozy llegó a calificar a Europa como “la más bella construcción del ser humano”, olvidándose de que las dos guerras

mundiales, las más devastadoras de la historia, surgieron precisamente en Europa.

Al margen de cualquier idealización, la Unión Europea constituye un abigarrado conjunto de intereses y valores contrapuestos y en continuo conflicto, con una estructura jerárquica tutelada por las naciones más ricas y poderosas, sobre todo por Alemania: un país demasiado pequeño para el mundo y demasiado grande para Europa.

Analistas políticos y tecnócratas vaticinaron que sólo con “más Europa” llegarían a resolverse los acuciantes problemas derivados de una crisis que no cesa. Sin embargo, para buena parte de la ciudadanía, Europa no sólo es la causa de esos problemas, sino que es también un obstáculo para su solución. Ya que el relativo bienestar europeo se ve ahora amenazado en un mundo de cambios trepidantes y competidores poderosos, creciendo asimismo la contesta-

Las instituciones europeas son el gran obstáculo, mientras que los gobiernos de España tendrían que resolver nuestros problemas más graves

ción social contra las prebendas de una élite privilegiada que impone a la mayoría de la población recortes y sacrificios sin ofrecer ninguna recompensa a cambio.

Desde Cáritas se denuncia la “austeridad devastadora” que la Unión Europea viene aplicando en los últimos años. Una política en la que los menos favorecidos están pagando por una crisis que no han causado. Así, en 14 de los 28 estados de la Unión, uno de cada tres niños vive en una situación de necesidad extrema. Y más de

13 millones de personas están en riesgo de pobreza o de exclusión en España.

En cuanto a los aspectos funcionales, tampoco la UE pasa por sus mejores momentos. La interminable agonía griega, el problema de los inmigrantes, el incremento de los euroescépticos en varios países y la anunciada consulta en el Reino Unido son muestras evidentes de esos desajustes. Al respecto, el prestigioso y polémico Helmut Schmidt (1918), que ha sido canciller y varias veces ministro socialdemócrata de Alemania, así como presidente del Consejo Europeo, se alzaba hace algunos meses contra el funcionamiento y las políticas dictadas por las instituciones europeas; denunciaba que Bruselas, “ese monstruo sin rostro”, era un nido de ineficacia e incompetencia, pues no había logrado ningún progreso significativo en los últimos años; que los 20.000 sesudos funcionarios de la Comisión Europea (una cifra

que ha crecido desde entonces) estaban ocupados muchas veces en cuestiones irrelevantes. Afirmaba también que la UE se había convertido en una inmensa torre de marfil y había renunciado a cualquier modelo social avanzado, manteniendo un proyecto que “solo trae precariedad, fractura social, exclusión y desigualdad”. Schmidt concluía su análisis arguyendo que no habría futuro para la UE si todo se supeditaba al bien de los poderosos.

En definitiva, la Europa comunitaria en la que se integró España hace tres décadas se ofrecía como un proyecto esperanzador. Pero hoy no tendría sentido aquella máxima orteguiana de que España es el problema y Europa la solución. A pesar de tuteladas y dependencias, la situación se ha invertido: creo que las instituciones europeas son actualmente el gran obstáculo, mientras que los gobiernos de España tendrían que resolver nuestros problemas más graves.



Velando el fuego

El precio justo

■ La nueva situación y las negociaciones políticas con los partidos llamados “emergentes”



Javier García Cellino

No cabe duda de que a partir de ahora la actividad de nuestros políticos y gobernantes será bien distinta de la que habíamos conocido. Acostumbrados a un sistema de dos turnos, que llevaba ya muchos años en funcionamiento, los gestos y modos que los ciudadanos percibíamos por parte de nuestros representantes han sufrido un giro muy importante. Ya no caben las partidas a dos, o en solitario. Llega un tiempo en el que habrá que mirarse mejor en el espejo antes de ensayar una mueca o de intentar estrenar un traje nuevo. No resultará tan

fácil pillarse los dedos de un modo ventajoso ni firmar leyes o decretos con la misma tranquilidad con la que se bebe un vaso de agua. Se impone la medida, el empleo del sentido común como terapia apropiada y, sobre todo, asimilar que la función pública se denomina así precisamente porque es un hueco en el que todos somos dueños de una parcela, aun por pequeña que sea. Aunque sólo fuera por esto, habría que celebrar la llegada de nuevos protagonistas a la escena pública (lo que se ha dado en denominar “partidos emergentes”).

Este novedoso atasco en las carreteras va a obligar a circular con el cinturón de seguridad puesto a todas horas, pues, sobre todo, habrá que elegir bien los acompañantes para esta nueva travesía o, por el contrario, arriesgarse a conducir en solitario. La

Hoy no es difícil imaginar esa exposición repleta de apetitosas dádivas: ministerios, secretarías, direcciones generales, alcaldías...

necesidad de llegar a acuerdos está ya a la vista de todos, y, más allá de sus distintas interpretaciones: la política como el arte de pactar, o la más negativa, que concede a los pactos el mismo valor que a un papel de fumar: los pactos han sido hechos para romperlos, parece obvio que en una gran mayoría de casos se impone la obligación de mirar al adversario con todo respeto.

Queda pendiente, sin embargo, la cantidad que haya que pagar por la amortización de esos consensos. Lo cual no es, ni mucho menos, una cuestión baladí. Sobre todo, si tenemos en cuenta que, a la hora de aproximarse al precio justo, cada cual tiene sus criterios de valoración, eso que en algunos casos se denomina las “líneas rojas” y que, por lo común, hace alusión a unas fronteras teñidas por la subjetividad.

Cierto es que existen unos patrones o guías que debieran ser de utilidad en muchas ocasiones, tales como las que se refieren a la vulneración de los derechos humanos, pero incluso así, cada cual delimita las líneas de separación de acuerdo a sus intereses.

Parece, pues, que no hay un código de circulación ideal. Cada vehículo tiene un tamaño y

un color bien distinto, y, como es lógico, cada conductor presume del suyo. Es el más rápido, el más seguro, y, cómo no, el que ofrece mejores prestaciones en la carretera, dice cada uno de los propietarios de la marca.

Se trata, pues, de ir aproximándose lo más posible al precio justo. Ya saben que en el antiguo concurso televisivo aparecía un escaparate lleno de regalos. Hoy no es difícil imaginar esa exposición repleta de apetitosas dádivas: ministerios, secretarías, direcciones generales, alcaldías... Quien se acercaba más a la cantidad tasada, se llevaba todos los regalos del escaparate. Pero la mayoría de las veces los concursantes se equivocaban mucho o se pasaban de precio, y, por tanto, se quedaban sin ninguna recompensa. Toca afinar con la calculadora.